

## CAPÍTULO XVI

LA GLORIA Y EL HAMBRE.—LOS PORTOCARREROS.—LA JORNADA DE TÚNEZ.—LOS ENCANTOS DE CERDEÑA

El victorioso D. Juan y su humilde soldado Miguel, cubiertos de gloria, hallábanse á los primeros meses de 1573 sin tener que llevar á la boca, como quien dice. Miguel no cobraba sus pagas y vivía precariamente: otro tanto les sucedía á los demás soldados. El Señor Don Juan pedía casi á diario recursos á España para atender á aquel ejército famélico: recurrió también á Nápoles con el mismo fin, y el cardenal Granvela se callaba prudentemente y no soltaba un cuarto. Con esto era menester á los soldados llevar una vida franca y diablesca: abrían la mano los capitanes y la tropa se esparcía por los pueblos, viviendo sobre el país, no declarada sino disimuladamente. Al poema épico sucedía sin interrupción, la novela picaresca. Aquiles y Héctor se trocaban en pocos meses en Guzmán de Alfarache y Estebanillo González. Estos continuos tumbos de la vida española, este perenne pasar de la excelsitud á la miseria fueron los que engendraron el *Quijote*.

Pero la necesidad, que á un pobre soldado no le inspira sino recursos de momento, á un general como D. Juan de Austria le despierta ambiciones y codicias, en las cuales tonto será quien no columbre un principio, si no de rebeldía, de protesta. Mucho le importó que los venecianos abandonasen la liga, pues de tal manera ya no era él dueño absoluto del mar. Si se movía hacia Oriente con sus propias fuerzas, dejaba desguarnecidas las costas

de Sicilia y Nápoles y expuestas á alguna asechanza de los turcos, favorecidos por Venecia. Su papel de paladín de la cristiandad no le halagaba ya cosa mayor, puesto que el mismo rey cristianísimo de Francia le iba en contra y trataba con los turcos. Falto de medios para proseguir abatiendo el poder otomano en sus propios mares, la vecina costa de Africa le sonreía. En su alma heroica renacían los impulsos heredados de su padre el emperador, el caballero andante que conquistó á Túnez por sus propios puños; saboreaba ya por anticipado la elogiosa dulcedumbre de alguna futura relación en que cualquier historiador pintara sus proezas con el macizo y latinante estilo con que el doctor Illescas contó las de su padre. Don Juan iba dejando de ser un arcángel de espada flamígera y haciéndose hombre. Se acercaban los treinta años, época en que todo sér humano mira para sí. A D. Juan le tentaba el reino de Túnez.

Con su perspicacia hondísima de confesor, que veía al través de tierras y mares y penetraba en el fuero de las intenciones, conoció D. Felipe II los anhelos y propósitos de su hermano é intentó desviarlos en bien suyo y de su monarquía. Bastaba—le decía—por el momento destronar al terrible Uluch-Alí y poner en su lugar á Muley Mahamut, sin intentar mayores empresas en la costa de Berbería. Así iba empequeñeciendo el resultado del triunfo de Lepanto la titubeante y suspicaz alma felipesca, demasiado fina para mandar en tan vasto imperio como el suyo, que requería á su frente un poco ó un mucho de la brutalidad pantagruélica de Carlos V. Y no contento con procurar distraerle en tan duro empeño, tuvo D. Felipe buen cuidado de poner junto á su hermano fieles y prudentísimos testigos de vista que le aconsejaran y dirigiesen.

De ellos, el principal fué el duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto del gran capitán, caballero valentísimo, gobernador prudente del Estado de Milán, héroe en las Alpujarras y con esto, delicado poeta, cantor del desengaño que quizás antes de tiempo iba apoderándose ya hasta de las más firmes y enérgicas almas españolas. La sangre bullente del Gran Capitán había aplacado su hervor en las venas de su nieto, no tanto que

no cumpliera éste muy bien su obligación como caballero en todo caso, sí lo bastante para que le faltara aquel punto de locura que arrastra á los héroes de verdad y engrandece á los pueblos.

Discreto, calló D. Juan, obediente á las órdenes de su hermano que, además, no contrariaban sus designios. En aquel invierno había recibido un rico presente de la hija del desventurado Alí-Bajá, la mora Fátima, á cuyo hermano Mahomed Bey, prisionero de Lepanto, dió D. Juan libertad. D. Juan devolvió el presente acompañándole con una carta caballeresca, cuyos conceptos corrieron de boca en boca de los soldados, como los versos de un buen romance fronterizo. «El presente que me embió dexé de recibir y lo hubo el mismo Mahamut Bey, no por no preciarle como cosa venida de su mano, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra recibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias». Pero como no es todo poema ni romance fronterizo, ello era que los soldados habían hambre y D. Juan escribía un día y otro sin conseguir recursos.

Esta sensación general de necesidad, que iba apoderándose de todo el ejército, se agravaba todavía respecto de Miguel, con las noticias que de tarde en tarde recibía de su familia. En el ejército de Don Juan había comenzado la novela picaresca y en casa de Rodrigo de Cervantes, en Madrid, un poco de ella, y otro poco de la comedia de capa y espada. Lentamente, la corte iba siendo corte, es decir, se desembarazaba de la vestidura negra que sobre su vida echaron las tristezas del monarca y, acudiendo á Madrid jóvenes y galanes de todas las familias ricas españolas, muchos habituados á los cortejos nocturnos propios de los pueblos donde vivieran, otros que acaso habían conocido la vida libre de Italia y catado la suavidad y gusto del devaneo amoroso, surgió en la corte el tipo del Don Juan de oficio y comenzó á llenar las calles de Madrid la aventura galante, que había de dar asuntos eternos y múltiples á los autores cómicos y dramáticos. Como en las comedias de Lope y de Tirso y en los enredos calderonianos se ve, ocurría que familias enteras de jóvenes sueltos se dedicaban á contraer deudas, perseguir tapadas, fingir promesas matrimoniales, refñir y promover pependencias y, en suma,

á hacer el calavera, no tan á lo burdo como los bravos, jaques y virotos de Sevilla, ni tan á lo cortesano como los galanes petrarquescos de Italia. De este tipo y traza eran los hermanos Portocarreros, hijos del respetable Sr. D. Pedro Portocarrero, que se hallaba de general en el ejército de Italia y perteneciente á una antigua y linajuda familia de origen italiano, sin duda, pero establecida en España y fincada en Extremadura.

El mayor de estos disolutos mancebos, D. Alonso Pacheco de Portocarrero, ofrece en 27 de Agosto de 1571 pagar á doña Andrea de Cervantes quinientos ducados, precio de un collar de oro grande con sus piedras y perlas finas de rubíes, esmeraldas y diamantes y un *Agnus Dei* de oro y un rosario de cristal. Por el mismo tiempo otro de los hermanos estaba empeñado con Juan Martínez, gorrero, con Maese Pedro, sastre de la caballeriza de S. M. y con Jácome Trezo, el famoso lapidario, quien le había demandado ante el Consejo de las órdenes militares. Por fin, el menor de ellos era D. Pedro Portocarrero, de quien no hay que decir sino que sus compañeros de orgías y escándalos le pusieron el mote de *La Muerte*. Qué proezas serían las suyas no lo sabemos: sí que por ellas fué condenado *La Muerte* á galeras, no obstante la nobleza de su apellido y los empeños de su padre D. Pedro, que ya era á la sazón gobernador de la Goleta. No es hoy tan raro el tipo del señorito linajudo entregado á la huelga y al vivir rufo y picaresco, que no podamos, con los datos constantes, reconstruir la vida de estos personajes con quienes años seguidos estuvieron relacionadas las *Cervantas*: primero, doña Andrea y doña Magdalena después ó quizás ambas á un tiempo.

Eran ellos de esos señoritos que comienzan por andar en amoríos con cuantas mujeres topan, comprométense después en préstamos y malos asuntos de dinero, distribuyen sablazos y peticiones entre los individuos de su familia, recurren después á banqueros y prestamistas (á los Fúcares recurrió en varias ocasiones D. Pedro *La Muerte*), bajan, agotado esto, á tratos y cambalaches de caballos, arneses y joyas, ropas y vestidos con chalanes, cambiantes y fiadores y concluyen, ya apurado el crédito perso-

nal y deslustrado ó enfangado el nombre, por cometer desmanes y tropelías que les llevan á presidio ó, como sucedió con éste, á galeras. Entonces se alborota la familia, todos los que llevan el apellido se creen deshonrados, recurrese á la recomendación y al soborno, pero el escándalo ya no hay quien lo evite.

No quiere el narrador saber cuáles fueron las relaciones de los Portocarreros con las Cervantas, ni mencionaría este incidente si no hubiera tenido más largas consecuencias en posteriores tiempos. Sí debe consignar que, entrado el año de 1573, y mientras ellas seguían pleitos con D. Alonso de Portocarrero para cobrarle su deuda ó hacer efectiva su promesa, si de ello se trataba, como es presumible, las cosas de la familia de Rodrigo no iban bien en Madrid. El buen cirujano había tenido que pedir dinero á préstamo; recurrió en cierta ocasión, que conocemos, á uno de aquellos Bárcenas, medio vizeaños, medio montañeses, que ya entonces acudieron á Madrid á comerciar en telas y en otras cosas. La cantidad pequeña y el corto plazo de la devolución muestran más claro que no era grande el crédito y sí muy apremiante el apuro.

Corrían, pues, parejas, como hasta ahora, la suerte del señor Don Juan y la de su soldado Miguel. Faltábales á entrambos dinero, y no veían manera de sacarlo. Las noticias de España que ambos recibían no eran para servirles de reparo en tal situación. Por fin, Don Juan, sin dinero, pero nunca falto de ánimos y resolución, formó como pudo su escuadra y su ejército, en el que iba no poca chusma allegadiza y aventurera. Dejó en Sicilia á Juan Andrea Doria, con cuarenta y ocho galeras, y salió él de Mesina el 24 de Septiembre con ciento cuatro de éstas y muchas fragatas y naves, donde iban las tropas regulares y otras de advenediza formación reclutadas en Italia, y es de suponer que no de gente santa y devota: en total, veinte mil hombres. La flota, despacio, se acerca á la orilla africana, siempre codiciada por los ojos españoles. Nueva esperanza sonríe á Miguel, como á su glorioso general. En breve divisan las costas doradas: aquel es el sitio donde estuvo la rica y triunfante Cartago. Miguel recuerda, mirando las pesadas olas, los inmortales hexámetros de la Eneida,

que de memoria repite. Aquellos son los lugares de Eneas, aquella la gran Sirte. Más allá..... las olas parecen repetir las palabras airadas de Neptuno á la tempestad:

*Jam coelum terramque meo sine númine, venti,  
Miscere et tantas audetis tollere moles?  
Quos ego..... Sed motos praestat componere fluctus.....*

Ya llegan al seno, cuyas orillas son rocas ingentes que amenazan al cielo; á su resguardo, las olas callan. La selva umbrosa se mira en las aguas y las ensombrece. Poco más adelante es el lugar donde Eneas salta á tierra con su fiel Acates, y donde su madre Venus se le aparece disfrazada, sueltos los cabellos de oro, desnuda hasta la rodilla, el arco á la espalda, en guisa de bella cazadora. En pos de ella preséntase á la fantasía de Miguel la imagen amorosa y cálida de la reina Dido, abrasada por la pasión, como tipo ó símbolo de la mujer de Oriente, á quien el aire y el sol del desierto africano entregan sumisa é imbele, sudando de emoción, á los brazos del conquistador venturoso. Y nótese cómo estas imágenes de amor satisfecho y ardiente que Africa tiene para Miguel en sus veintiseis años, al acometer la jornada de Túnez, difieren de aquellas otras puras imágenes que antes de Lepanto le ofreciera Corfú, la isla de los Feacios, tanto cuanto difiere la virgen Nausicaa de la enamorada y ardorosa Dido; cuánto el puro deseo platónico de la posesión epicúrea; cuánto deben diferenciarse la víspera de la gloria y el día siguiente á poseerla. Miguel y Don Juan, estas dos almas paralelas, se acercan á Africa, ya conscientes de lo que sus fuerzas y arrestos valen, ciertos de lograr cuanto se proponen: acaso dudan sólo de la utilidad de conseguirlo.

Seguros de sí mismos, se acercan ya, desembarcan, llegan á la Goleta el 8 de Octubre. Fuerte posición es aquella, que domina el golfo y defiende á Túnez. Ocupanla, y D. Juan saca de allí dos mil quinientos veteranos, entre ellos cuatro compañías del tercio de Figueroa, *que hacían temblar la tierra con sus mosquetes*, según la repetida ponderación de Vander Hámmen. Entre ellos va Miguel, firme y robusto, al hombro el arcabuz, colgante la si-

niestra mano, no tan inútil, según se infiere, que no le permitiera sostener el arma y ayudarse para disparar. La empresa resulta un paseo militar lleno de encanto y alegría. El alma de D. Juan se ensancha al recorrer los campos donde su padre ilustre se cubrió de gloria. Al llegar á Túnez hallan abiertas las puertas. El alcaide moro entrega la Alcazaba, en nombre de Muley Hamet. Allí hay de todo, cuarenta y cuatro piezas de artillería, municiones, vituallas. El ejército halla mantenimientos abundantes; pero los veteranos piensan, y con ellos Miguel y también acaso D. Juan, que no parece fácil cosa conservar la plaza entregada tan á la buena de Dios. Aquella sumisión de los moros poco bueno arguye. Encarga D. Juan al ingeniero milanés Gabrio Cervellón construir un fuerte junto al estanque para defender la ciudad.

Al verse en posesión de ella, tremenda lucha se entabla en su ánimo. La ocasión es única para coronarse Rey de Túnez. Ocho días no más duran sus vacilaciones. Buen soldado y obediente general antes que todo, se limita á cumplir las órdenes de su hermano el Rey D. Felipe. Comenzados los cimientos del fuerte, regresa D. Juan á la Goleta con las tropas. Miguel dirige una melancólica mirada á las blancas azoteas de Túnez, pensando no volver allá. Queda en la Goleta como gobernador, con guarnición no grande, el Sr. D. Pedro Portocarrero, padre de Don Alonso y de D. Pedro *la Muerte*, buen caballero, poco soldado para ocupar sitio tan peligroso. El 24 de Octubre, la escuadra y las tropas están de vuelta en Palermo. A primeros de Noviembre, las catorce compañías del tercio de Figueroa son trasladadas, por orden de D. Juan, á la isla de Cerdeña, para que, atendiendo á la guarnición de dicha isla, pudieran prestar auxilio en Africa, si la ocasión se ofrecía.

Miguel pasa aquel invierno en Cerdeña; quizás allí traba conocimiento con el ridículo poeta Antonio de Lofraso, cuyos disparates comentó graciosamente en ocasiones varias. Era Lofraso un soldado *grafómano*, lo que hoy solemos llamar un chiflado, y sus *Diez libros de Fortuna de amor* los elogia el cura del *Quijote* como libro único y mejor de cuantos *deste género* han salido á luz en el mundo. Pero si allí no conoció al original Lofraso, conoció,

en cambio, las raras y arcadianas costumbres de la isla de Cerdeña, en donde pudo tomar y de fijo tomó notas y apuntes para la *Galatea* y para los bellos trozos pastoriles que le agradó intercalar en el *Quijote*.

La estancia de Miguel en Cerdeña durante seis meses nos explica algo que notamos leyendo la parte bucólica de sus obras. Cerdeña es una isla de costumbres sencillas y silvestres, de hermosos paisajes, de bosques umbríos, aprisionados entre montañas rocosas. Hasta el siglo xvii y aun después, Cerdeña conservó la simplicidad de sus hábitos y en la esquivez de sus bosques penetró mal la religión católica, ó, si logró entrar, no arrojó multitud de ceremonias paganas que aun en tiempo de Miguel solían celebrar labradores y ganaderos. El culto de Hermes ó Mercurio, mezclado con el terrible culto de Pau, se conservaba entre aquellos sencillos campesinos, de alma dura y vengativa, como los corsos, pero quizás por lo mismo, inocentes en su brutalidad. Nos sorprende en la *Galatea* y nos causa extraño efecto teatral ver aparecer de vez en cuando un sacerdote de no sabemos qué culto ó religión, dirigiendo extrañas y poéticas ceremonias, á las cuales concurren pastores que hablan del Tajo y del Henares y que han estado en Toledo y en Alcalá. No basta, á mi entender, para explicar esto, decir que Cervantes lo copió de las demás obras pastoriles. Hay en esas descripciones mucho visto en la realidad y puede asegurarse además que en el *Quijote* y, particularmente, en su segunda parte, no hubiera interpolado Miguel escenas pastoriles si hubiese creído que todas ellas eran cortesana ficción de poetas.

Lo que en Virgilio primero, y después en Montemayor y en Sannazaro había leído, lo vió ó algo muy semejante en la hermosa tierra de Sicilia, y más aún, en la misteriosa isla de Cerdeña. Descanso al *ajetreo* y fragor de las armas fué para él aquella temporada de paz y de reflexión. Comenzaba ya á saborear la vida campestre: gustaba con deleite las aromáticas y generosas malvasías de Quarta y de Bosa, el *giro*, el *bernacho*, el *murago* de Caller, vinos melares que parecen elaborados por abejas. Desde entonces, nunca la gota de miel de la poesía pastoril dejó de regalarle los labios.